

Las dos almas de Gilberto Gil

Texto de **Bernardo Gutiérrez**

Fotos de **João Pina**

El músico brasileño Gilberto Gil ha aprendido a combinar su actividad artística con la responsabilidad política durante los cuatro años que ha permanecido en el Gobierno Lula. Aplaudido y animado por amplios sectores, decidió repetir como ministro de Cultura en la nueva legislatura. En esta entrevista, el músico y político conversa sobre su experiencia

Soñador. Burocrático. Vanguardista. Protocolario. Atrevido. Negociador. Músico risueño. Eficiente ministro. Gilberto son dos. Definitivamente, uno+uno. Dentro de Gilberto Passos Gil Moreira conviven dos personalidades irreconciliables a primera vista. Un músico (soñador, contestatario, innovador) y un político (responsable, burocrático y casi siempre encorbatado). Un músico que fue exiliado político, que defiende la legalización de las drogas y que admira el comportamiento de los hackers informáticos. Y un ministro que tiene que lidiar a diario con elites y clases políticas naturalmente conservadoras. Cuando habla suele ceder protagonismo a uno de los dos Gilbertos. O habla el Gil de estética rastafari o el Gil de traje y zapatos de piel. A ratos, los dos Gilbertos se reconcilian, se

funden por inercia en una persona de 64 años con “look” de veinteañero, en alguien sensible y/o sabio que afronta con naturalidad el ser la cabeza más visible de la cultura de Brasil. El político “superstar” del planeta es una inigualable superposición de estas dos mitades.

Gilberto recibe al Magazine en un camerino del pabellón del Ibirapuera de São Paulo. El Gilberto músico está a punto de participar en un show benéfico para recaudar fondos para niños de todo Brasil. Gilberto Gil bebe agua, arregla su cabello trenzado. Sonríe. Saluda con cierta distancia. Y empieza a hablar, a hacer memoria, a sumergirse en los últimos cuatro años de su vida. De momento, su lado político (Gil ministro) dirige la conversación: “Han sido unos años muy saludables. Me han

gustado mucho y estoy satisfecho con mi papel de gestor público. Me encontré con un ministerio particularmente desestructurado, pequeño, marginado, sin proyección, sin visibilidad. Tengo la sensación de que la situación ahora es muy diferente. Tenemos más dinero, más prestigio y mejores relaciones con las áreas estratégicas del Gobierno”.

Un espejo del camerino refleja la crónica de una entrevista anunciada: una asesora del ministro anota en una libreta, estudia la situación, Gilberto habla con seriedad, caminando por un discurso políticamente correcto de palabras medidas. Gilberto, el no músico, continúa la charla planeada: “Las relaciones del ministerio con la sociedad también han mejorado mucho. Hoy el pueblo controla el →

Gilberto Gil ha hecho giras por el mundo, pero admite que apenas ha podido componer nuevos temas porque la política absorbe su tiempo

→ ministerio. Los sectores de la cultura tienen una relación más directa, más intensa. Tienen la sensación de estar más atendidos. Hemos creado bibliotecas, museos, hemos cuidado el patrimonio histórico...”.

De momento sólo hay espacio para datos: Gilberto Gil se enorgullece de haber lanzado proyectos de cine como Doc Tv y el Documenta Brasil (de apoyo al cine documental) o el Bajo Presupuesto (que incentiva la producción en regiones pobres). El ministro menciona los incentivos al teatro (como los nuevos premios escénicos Myriam Muniz y Klauss Vianna), la inauguración del primer museo en una favela (el Museo de la Maré en Río de Janeiro) y la creación de la Lotería Cultural (que ha generado una renta importante para su ministerio). Y hace un énfasis especial en el proyecto Cultura Viva, que incluye los aclamados Puntos de Cultura (oficinas de internet y nuevas tecnologías en los lugares más remotos). Además, matiza Gilberto esbozando una sonrisa (primer guiño del Gilberto músico), “este programa está posibilitando que tribus amazónicas graben su cultura con la tecnología más avanzada, que los descendientes de los esclavos conserven sus tradiciones y las filmen en sus aldeas con todo nuestro apoyo, y que lo divulguen por el mundo”.

Sobre la conversación –más relajada y distendida a cada minuto que pasa– comienzan a flotar conceptos clave de la gestión/mentalidad del ministro/músico: descentralización, democratización de la cultura. “Hemos llevado, por ejemplo, las leyes de incentivo al norte y al nordeste. La cultura, ahora, llega a todas partes. A ciudades pequeñas, a pueblos del interior, a aldeas indígenas. Son demandas naturales, el mérito no es nuestro. Apenas hemos sabido escuchar y resolver las necesidades. La cultura no se puede quedar en el eje São Paulo-Río de Janeiro”, asegura un Gilberto Gil exultante.

El ministro ha demostrado sus dotes de estratega: cifras, resultados, balances, buenas intenciones. Su asesora sonríe tranquila. El Gilberto Ministro, relajado, va tomando prestados ciertos gestos y espontaneidades del músico.

Pero todos –el músico, el ministro, su

asesora– saben que los claroscuros de la gestión de Gilberto Gil saldrán a la superficie de la entrevista/charla. Segundo round.

–¿Cómo se sintió cuando todo el sector de la cultura estaba en su contra, al principio de su gestión, cuando sus decisiones eran criticadas, cuando obligó a dimitir a un amigo de infancia del ministerio por corrupción?

El Gilberto músico y locuaz se desvanece. Se esconde tras un ministro de canas incipientes que estudia como sortear las dificultades retórico-semánticas. Los dos Gilbertos recuerdan –tal vez– los detalles de los malos tragos de los últimos cuatro años: cuando el sector del cine se rebeló y le tacharon de estalinista al intentar crear la Agencia de la Industria del Cine y del Audiovisual (Ancinav); cuando fue abucheado en el Foro Social de Porto Alegre del 2005, acusado de haber cerrado radios comunitarias; cuando tuvo que despedir a Roberto Pinho, secretario de Programas y Proyectos, por adjudicar un proyecto para la construcción de centros de cultura en las favelas a una empresa amiga sin pasar por concurso público. Momentos oscuros. Luchas. Enfrentamientos con Lula por escasez de recursos.

Gilberto Ministro responde sin complejos de culpa ni resentimientos:

–Fueron momentos difíciles, que, como todo en la vida, se superaron. Pero ¿sabes lo que me ha resultado más complicado? Las aflicciones cotidianas, del día a día. Un proyecto concreto de una entidad que no salió adelante, la evaluación de un programa que no se hizo, el presupuesto para un punto de cultura que no llega. Genera una frustración mucho mayor.

Los efectos de la corrupción

Cuando sale a colación la política pura y dura, la gestión del Gobierno Lula, la corrupción, los dos Gilbertos hablan al unísono: “¡Yo no soy analista político!”. Con suavidad, el Gilberto ministro da matices: “Costó mucho afinar las alianzas con otros partidos de otras tendencias y costó mucho engrasar la maquinaria del Gobierno. Luego llegó la crisis, la corrupción. Pero ayudó a que el Gobierno tuviese condiciones para poner todo a punto. Y eso se refle-

ja ahora. Los números del Gobierno Lula son mucho mejores que los del anterior. Y la opinión pública lo ha reconocido”.

Punto y seguido. Tras la tormenta de preguntas difíciles llega la calma.

–¿Cree que su prestigio de artista ha ayudado a la ejecución de proyectos y a una proyección internacional mayor de la cultura brasileña?

Gilberto Músico toma la palabra con alegría y desparpajo: “Creo que es natural. Cuando acepté ser ministro de Lula, todos pensábamos que mi carrera artística era un capital importante para ser utilizado. A lo largo de estos años, se ha comprobado como verdadero y real. Ha ayudado mucho a conseguir objetivos y, sobre todo, a eso, a que la cultura sea algo visible”.

El Gilberto ministro aprovecha para hacer un inciso. Hace un inventario/resumen de la proyección internacional de Brasil en estos años. “Creo que existían muchos tópicos sobre Brasil. Se creía que toda la literatura era parecida a la de Jorge Amado y que la música era bossa nova o carnaval. Creo que ahora el mundo tiene una visión de Brasil mucho más diversa.” Gilberto ministro presume de resultados, de acontecimientos y proyectos: el año Brasil en Francia (centenas de actuaciones de artistas brasileños en Francia en el 2005), la Copa de la Cultura (cultura brasileña durante el Mundial de Alemania), el creciente programa de intercambio cultural con Estados Unidos. Y alardea de una relación privilegiada con España, un amor a primera vista con el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero y con la Generalitat de Catalunya.

El Gilberto ministro lanza elogios políticamente correctísimos: “Con la llegada de Zapatero, quedó claro que España quería dar más intensidad a las relaciones culturales con Brasil y potenciar las relaciones internacionales. Zapatero fue importantísimo en el apoyo para la convención de diversidad cultural de la Unesco. Brasil se ha beneficiado del empujón que ha dado España al proceso iberoamericano de integración. Además, Brasil y España impulsaron la primera reunión de ministros de Cultura del mundo. El 2008 será un año especial, hemos conseguido que Brasil sea

el país invitado en Arco 2008. Sin olvidar los puentes que hemos abierto con África, el Museo Afrobrasileño que hemos inaugurado en Brasil”.

El Gilberto ministro se relaja. Va cediendo paso al Gilberto músico. Gilberto Passos Gil Moreira, 64 años, natural de Salvador de Bahía, omnisonriente padre del tropicalismo. “Por lo que estamos luchando es contra la visión estrictamente económica del mundo. La cultura es una herramienta de desarrollo formidable. Y este asunto genera una incompreensión muy grande en todo el mundo, entre los que tienen una visión tradicional de la economía y del desarrollo”, afirma con convicción.

No hay lugar a dudas: ahora habla el Gilberto músico, el locuaz, el bienhumorado, el que ha sido el mejor aliado del ministro “superstar”. Actuó frente a 100.000 personas en la plaza de la Bastilla de París durante el año Brasil en Francia. Abrió el fuego mano a mano con Manu Chao en el Foro Cultural Mundial de São Paulo en el 2004. Dio un concierto magistral en la sede de la ONU en Nueva York. Casi una actuación musical por cada acontecimiento político en los que participa. El Gilberto músico habla de chips, de selvas, de ciudades, de desiertos, de internet. De cultura. “Todo es cultura.” Desde el jabón natural con el que se lava una anciana del interior a un cuadro de museo. “Cultura, formas de vida, esencias”, afirma/sueña Gilberto.

Cuando habla del convenio firmado con la Generalitat de Catalunya para la cooperación en las nuevas tecnologías y en nuevos conceptos de derechos de autor como el Creative Commons, al Gilberto músico se le ilumina el semblante. Definitivamente aparece el Gilberto antisistema. El que lucha contra las multinacionales y contra el mundo con “copyright”. El que se enfrentó durante seis años a su discográfica para poder colgar gratis en su web sus más de 500 canciones.

Gilberto músico: “Todo evoluciona muy rápido. El cambio está aquí. Los videojuegos, el teléfono móvil, la televisiones digitales, internet. Todavía no sabemos cómo va a afectar a la creatividad de los artistas y a la distribución de la cultura. Por eso es necesario afrontar estos desafíos con capa-

“Cuando acepté ser ministro de Lula, todos pensábamos que mi carrera artística era un capital importante para ser utilizado”

“Estamos luchando contra la visión estrictamente económica del mundo. La cultura es una formidable herramienta de desarrollo”

“La revolución tecnológica no puede justificarse sólo por sí misma, debe reflejarse en el beneficio y bienestar de los pueblos”

cidad de anticipación. Hemos apoyado sistemas de propiedad cultural alternativos, el Creative Commons, que devuelve a manos del artista los derechos, y el software libre, porque creemos que es necesario reformar todas las relaciones artísticas y flexibilizar todo el engranaje comercial”, afirma el Gilberto músico/soñador. “Pero eso sí, la revolución tecnológica no puede justificarse sólo por sí misma, debe reflejarse en el beneficio y bienestar de los pueblos”, matiza.

Y en la intimidad de las confesiones, los dos Gilberto llegan a la cuestión central. Componer o no componer, ésa es la cuestión. El Gilberto Gil intenta olvidar que sólo ha compuesto una canción en cuatro años: prefiere hablar de los directos: “He hecho cuatro giras por Europa, he cantado en Mozambique y en Angola, he tocado junto a Manu Chao o a Ray Lema y gané el Grammy con el álbum ‘Eletroacústico’. ¿Qué más le puedo pedir?”.

Componer o no componer, “essa é a questão”. Gilberto ministro justifica/absuelve a su lado artista. Y reconoce al fin que la política absorbe su tiempo: “Hay que atender a la representación del ministerio, a los órganos internacionales, a los viajes presidenciales...”.

Gilberto calla. Callan. En el silencio se establece una paz tralúcida, una reconciliación entre los dos Gilbertos. 1+1=1. En el aire parece flotar una frase que el músico/ministro pronunció unas semanas atrás, en Río de Janeiro, en la presentación de su álbum “Gil luminoso” (Biscoito Fino/Discmedi), un disco de voz y guitarra que explota la parte espiritual del artista, sus grandes éxitos en tono íntimo: “En la música siento que mi misión está cumplida, estoy queriendo salir de esta prisión”.

La frase, instalada en las bisagras del silencio del camerino, anticipaba una decisión importante: continuar en el Gobierno Lula. El momentáneo triunfo del Gilberto ministro. La feliz claudicación o entrega o renacimiento del Gilberto músico. Y ahora los fans reclaman la presencia de Gilberto en el escenario, del músico y del ministro. Y apenas cabe ya un abrazo y otra frase del Gilberto músico: “Estoy en una fase de admisión del silencio. Estoy envejeciendo. Estoy queriendo envejecer”.